



INTRODUCCIÓN A LA DESTRUCCIÓN DE LA NATURALEZA

por Julio Loredo 18 de agosto de 2023

Introducción a la destrucción de la naturaleza

“¡La destrucción de las palabras es una cosa muy hermosa!” exclamó Syme, un personaje de la famosa novela 1984 de George Orwell . Syme promovió *la neolengua* , el nuevo lenguaje forjado por el estado totalitario para manipular la mente de los ciudadanos.

La deconstrucción del lenguaje

Cada revolución social ha manipulado el lenguaje para desdibujar la realidad, adaptándolo a su ideología particular. Así, Lenin proponía una “paz democrática” en el discurso inaugural de la Tercera Internacional en 1919. Claramente no se refería a la *tranquillitas ordinis* cristiana , la tranquilidad del orden. Apeló a su opuesto exacto, la dictadura del proletariado.

De la misma manera, la revolución cultural actual (que Plinio Corrêa de Oliveira llama la Cuarta Revolución” en su conocido esquema de la historia) también emplea la manipulación lingüística llevándola a un frenesí paroxístico. La anticoncepción se presenta como “control corporal”. El asesinato de un niño por nacer se convierte en “interrupción voluntaria del embarazo”. A los que apoyan la matanza de inocentes se les llama simplemente “proelección”. *Los homosexuales se convierten en “gays” que buscan placer . ”*

Este lenguaje está lejos de ser moralmente neutral. De hecho, alienta el pecado al presentarlo bajo una luz favorable.

Se ha cruzado un nuevo hito con la llamada teoría de género. Esta escuela de pensamiento niega la dicotomía natural hombre/mujer, reemplazándola con una infinidad de “orientaciones sexuales” multifacéticas. Algunos académicos han identificado más de cincuenta “géneros”. Incluso está de moda autoproclamarse *género fluido* , es decir, sin un “género” definido.

La teoría de género niega que la identidad sexual esté basada en la naturaleza. Sostiene que la identidad resulta del condicionamiento cultural, social y lingüístico, lo que hace que la esencia humana sea cambiante por definición. Así, nada, ni siquiera la naturaleza, es objetivo. Todo puede ser manipulado a voluntad por el hombre, que juega el papel de un demiurgo no guiado por la razón sino por pasiones ingobernables. La sexualidad es libre de ser polimórfica y conformada por caprichos subjetivos. Independientemente de la ley natural, la sexualidad se convierte en la fuerza motriz de la sociedad posmoderna.

Aquí ya no se trata de la mera deconstrucción del lenguaje sino de un intento de subvertir la naturaleza creada por Dios. A nuestro juicio, esto marca un nuevo paso en el proceso revolucionario: el inicio de una Quinta Revolución .

Igualitarismo: fuerza impulsora del proceso revolucionario

Este proceso revolucionario de descristianización ha borrado la civilización cristiana desde finales de la Edad Media. Muchos usan el término igualitarismo, con su corolario necesario, liberalismo, para describirlo.

Históricamente, este proceso igualitario ha pasado por muchos pasos. El protestantismo buscaba la igualdad en el ámbito religioso negando la autoridad del Papa, mientras que sectas más radicales incluso negaban la de obispos y sacerdotes. La Revolución Francesa transpuso estos principios igualitarios al campo político, negando la autoridad del rey y la nobleza. El comunismo atacó la última desigualdad que quedaba, la desigualdad económica, aboliendo la propiedad privada.

Sin embargo, quedaba una última jerarquía por destruir, que se encuentra *en interno hominis* (el interior del hombre). Según este orden jerárquico, la Fe ilumina el intelecto, que a su vez guía y fortalece la voluntad. Entonces la voluntad domina los sentidos y las pasiones.

La revolución cultural apunta a esta jerarquía interna. Su acción sobre las pasiones desenfrenadas se inició con los locos años veinte y estalló con el cambio de paradigma provocado por las revueltas estudiantiles de mayo de 1968 en París . Los años sesenta trajeron una “*revolución en las formas de ser*”, una “*revolución total*”, una “*liberación*”. Estos cambios radicales implicaron la tiranía de las pasiones sobre cualquier limitación intelectual, moral, social o cultural.

La piedra angular de esta revolución cultural es la liberación sexual. Proclama la destrucción de la moralidad imperante. Afirma la libertad de “tener sexo” con quien, donde y como uno quiera. Entendida inicialmente como sexo libre entre hombres y mujeres, esta revolución se ha desarrollado cada vez más con la proliferación de la homosexualidad y, más recientemente, la pansexualidad.

Nada puede ser más lógico. Para los revolucionarios más extremistas, el sexo genital sigue siendo “opresivo” porque tiene lugar de formas definidas por la morfología natural del cuerpo. Estos radicales proclaman que el ser humano debe liberarse “de sus limitaciones morfológicas experimentando su sensualidad a través de cada fibra, poro o fantasía posible”.

De esta manera, la persona humana llegará a una versión adulta de lo que Freud llamó “perversidad polimorfa”. Esta perversidad polimorfa es **el concepto psicoanalítico de Freud que propone la capacidad de obtener gratificación sexual fuera de los comportamientos sexuales socialmente normativos.**

La destrucción de la naturaleza

Este tipo de pansensualidad, sin embargo, choca con un obstáculo insalvable: la realidad natural objetiva. La diferencia hombre/mujer surge de la propia naturaleza.

Lejos de querer plegarse a las leyes de la naturaleza, los partidarios de la teoría de género niegan la diferencia entre los sexos. Niegan que exista una distinción objetiva entre el comportamiento masculino y el femenino. Para afirmar

este absurdo, argumentan que la realidad objetiva no existe. Todo se interpreta subjetivamente. Todo puede ser reescrito y renombrado a voluntad. Proclaman la fantasía como regla de conducta.

La definición clínica de la locura es la inconformidad del intelecto con la realidad y la consiguiente invención de un mundo interior que ya no se corresponde con la verdad exterior.

Los partidarios de la teoría del género quieren destruir la ley natural, que es la ley divina grabada en la naturaleza. Intentan subvertir las estructuras más íntimas de la naturaleza. En su utopía, el hombre comienza a comportarse como Dios. Sus sueños promueven una nueva creación opuesta a la divina.

Nunca antes el “ non serviam” de Satanás había alcanzado tal radicalidad. A pesar de su destructividad, todas las revoluciones hasta ahora respetaron las leyes de la naturaleza. Al rebelarse contra la naturaleza, los movimientos revolucionarios actuales son los más radicales de todos los tiempos.

El descenso a ninguna parte

“El hombre genital debe transformarse en el polimorfo perverso, capaz de experimentar el mundo con todos sus sentidos ya través de todos sus poros”, escribe Daniel Bell analizando esta revolución.¹

Una vez superada la genitalidad, desaparece la distinción de sexos y nace el ser andrógino. Se crea el “nuevo Adán”, o mejor dicho, renace el Adán primitivo, el fauno andrógino de la mitología esotérica. El pecado original (que algunos Revolucionarios llaman la represión de Eros) es redimido, y la Historia, volviendo a sus orígenes, llega a su fin.

Norman Brown, un heraldo de este nuevo mundo, habla de *“Dionisio, el Dios loco [que] rompe los límites [y] libera a los prisioneros”*.² Este triunfo de la locura, afirma, es el único camino para liberarnos definitivamente de Dios. Algunos teólogos posmodernos prevén que, en este punto, la creación sería reabsorbida por el “Cristo cósmico”. En una síntesis final, el “Pleroma” del que hablaba Teilhard de Chardin, se formaría *“Cuerpo Místico del Cristo Dionisiaco”*.³ Pero, más allá de este cuerpo místico, ¿qué habrá? Bell dice: *“Más allá del cuerpo místico no hay nada”*.

Dado que, como argumentan, la nada es el último horizonte, la única actividad que tiene sentido es fomentar la disolución de todas las cosas. Eso incluye el yo a través de la pansensualidad carnal y el delirio de los sueños. Hasta ahora, la modernidad se ha guiado por la idea de un *Aufheben*, una construcción del superhombre racional dentro de la civilización perfecta. Todo lo que queda es reemplazar este impulso ascendente con un *Niedergang*, un descenso hacia la nada.

Habiendo conquistado todo, el diablo tendría que suicidarse para borrar el último rastro de la obra de Dios en el universo: él mismo.